miguitas de pan
ana efron

«Miguita de pan en la grieta,
contame del vino que se derramó en el descuido
y contame de todo lo que, como vos, se derrumbó».

Pequeña Orquesta Reincidentes

Miguitas de pan.
Las voy recogiendo una por una,
me llevan a buscar unas memorias viejas,
pistas para rearmar una imagen
como quien va desenrollando un papiro.

Las memorias son a veces como experiencias destiladas.
Ocurren,
se evaporan.
cada vez que las evocamos se vuelven a condensar.
Lo que nos llega finalmente es un extracto homeopático de aquello
que vivimos en otro tiempo.
En otros casos funcionan por fermentación.
Lo que queda de aquellas experiencias se va acumulando.
Algunas cosas se pierden,
las que quedan se van superponiendo,
van soltando sus jugos
La química del tiempo opera
y las cosas empiezan a soltar otros sabores.

Recorro con un dedo la corteza de un tronco. Palpo su textura, me pincho con una astilla. Siento el aroma de la resina: respiro la piel del árbol. Me alejo un poco para mirar su forma, los caminos que recorren su corteza. Esa superficie tomó su forma de la intemperie. Del encuentro con la lluvia, con el viento, con mil bichos.

En la piel del árbol está tallada la historia de todo lo que lo tocó y de lo que aloja. Su historia se va grabando en capas que se superponen con el paso del tiempo.

Un día lo cortan y lo hacen rodajas. En cada una se leen sus años en círculos concéntricos que guardan dibujadas las memorias de sus viejas cicatrices.

Los días en la peste, todo tan raro. Los relatos de cómo se transcurren, qué cosas se piensan. El tiempo funciona distinto. Es como estar un poco en un limbo, se necesita reacomodar el metabolismo.

La casa cambió, sobre todo sus sonidos. Es raro. Cuando uno se muda siente la extrañeza de esos ruidos todavía no asimilados que vienen con el escenario nuevo. El mismo paisaje con otros sonidos es algo que no encaja. Los ruidos de la calle, el tráfico insoportable, casi desaparecieron, eso es hermoso. La casa está habitada de sonidos todo el día, músicas distintas y las voces queridas en los distintos ambientes. Los vecinos están mucho más presentes, ya no se escuchan sólo los más cercanos de siempre. Antes, las tres hermanas jubiladas de la casa de al lado eran el sonido de la cuadra desde el atardecer hasta entrada la noche. Sus sillas en la vereda, el mate, la charla a viva voz, los saludos a los gritos a cada uno que pasaba. Ahora están guardadas, casi no se las oye. Entonces empezaron a sonar otros, más sobrios, nada muy cercano, pero el aire se siente lleno de presencias. Se ven o se intuyen movimientos en todas las ventanas y balcones que veo desde la terraza.

El aire está cargado de todas esas historias que antes transitaban la ciudad, se desplegaban en kilómetros, y ahora transcurren concentradas, acá nomás, igual de anónimas por ahora, pero mucho más presentes.

Estas noches vivimos más la terraza, la terraza es vacaciones ahora. Mirar la noche trae a la memoria recuerdos viejos. De golpe viene una escena, la recuerdo como si hubiese sido algo cotidiano, pero es posible que haya sucedido solo unas pocas veces (la memoria de la infancia acomoda las experiencias intensas para transformarlas en un hábito antiguo). Íbamos a la plaza a la noche o tal vez fuera a la tarde pero nos quedábamos hasta que estaba bien oscuro y ya no había nadie más. La plaza vacía. Aquello era entonces terreno conquistado, todo nuestro. La sensación de misterio. Hamacarse de noche. La luna inmensa. Estas lunas enormes que se ven últimamente me trajeron de vuelta esta memoria. La luna de la plaza la recuerdo igual, gigante, como el patio de la escuela.

Vuelve al cuerpo la sensación de estar volando en la hamaca, mirando la luna y pensando ¿por qué la gente insiste en sostener que es una cara lo que se ve ahí cuando es evidente que estamos viendo a los dos nenes que juegan en el sube y baja de la luna? Uno de ellos sube los brazos: celebra la felicidad callada de la noche. Juegan como yo en la clandestinidad de la plaza nocturna.

Hoy, en este tiempo raro, veo anochecer en la terraza. Vuelvo a mirar la luna y me pregunto sobre su lado escondido, el que nunca nos muestra ¿a qué se jugará en su cara oscura?

Irrumpe la memoria, debe ser también un efecto del encierro. Estar adentro parece ser también un poco estar para adentro, mirarse más el interior. O estar de otra forma, un modo diferente de presencia, con otro ritmo. No sé si hay más tiempo pero el tiempo está distinto.

Mi memoria de los hechos es pésima. Cuando me encuentro con gente del pasado me da vergüenza no acordarme casi nada de lo que ellos recuerdan con nitidez. Mis recuerdos son en general sensoriales, no tanto anécdotas sino más bien rastros de sensaciones, lugares y cosas.

La casa de mis tíos: el tablero con la paralela, el papel vegetal y la plantilla de los inodoros; la luz del sol que entraba por la ventana y pegaba en un móvil de vidrios de colores que hacían reflejos flasheros en la pared; los libritos apaisados de Mafalda. La arcilla en el taller del Mono con olor a tierra mojada. En mi casa la alfombra, los lápices de colores, algunos libros.

Los sueños. Cuando era chica soñaba intenso, casi no me volvió a pasar así después, solo unas pocas veces. Me acuerdo bastante de aquellos sueños. Se repetían, algunos con variaciones. Recuerdo sobre todo los lugares donde transcurrían, sitios que llegué a conocer bien, los visité miles de veces. Todavía tengo la imagen vívida de un camino sinuoso que recorría en una especie de autito parecido al del tren fantasma del Ital Park pero que andaba a la intemperie, en un paisaje verdísimo, sobre una vía que se parecía al carril de la montaña rusa y que en algún momento tenía también una bajada tremenda. Recuerdo ese vértigo, el cosquilleo del estómago en el arranque de la bajada y el gesto de agarrarme fuerte de los costados, caía rapidísimo sobre unos rieles calzados en una montaña real.

Y me acuerdo sobre todo de una pileta de natación cubierta. Cuando me despertaba todavía me duraba el olor del cloro. El clima de ese sueño era más turbio. Yo buscaba algo, nunca supe qué, y tenía miedo, respiraba mal, entrecortado, pero al mismo tiempo tenía una lucidez rara, como si en realidad supiera claramente qué estaba pasando ahí, me movía con solvencia. Veía con mucha claridad como cuando uno está muy concentrado. Todo sucedía muy lento y había tiempo para detenerse en cada detalle, pero eso no era tranquilizador, se respiraba una presencia oscura en el aire. La angustia era como una fuerza que empuja hacia arriba en el paladar y después un dolor en las palmas de las manos. Me miraba las palmas de las manos, salía del agua, caminaba descalza por el piso mojado. Buscaba. Me iba del área de la pileta por una puerta y entraba en un lugar intrincado, lleno de pasillos, escaleras, por momentos cerrados y oscuros y después abiertos y con luz de sol, era un recorrido larguísimo, yo lo atravesaba buscando angustiosamente algo. Fui muchísimas veces a ese lugar, conocía todos sus recovecos, lo recorrí mil veces de distintas formas. Nunca encontré nada. No me acuerdo cuándo ni por qué dejé de ir.

Todavía me quedan cosas de ese lugar: la memoria de ese particular olor a cloro que es al mismo tiempo rastro de una angustia y alivio del despertar, un mecanismo de manifestación del dolor instalado en las palmas de las manos, tal vez un entrenamiento en persistir buscando sin encontrar.

Sigo intentando entender qué era eso, de dónde necesitaba escapar, qué es esa pileta cerrada. Por momentos pienso que es mi infancia. Me urgía escapar de ahí. No estaba en buenas manos. Necesitaba poder usar las mías.

Un día se mira las manos, es decir un día se las ve: están llenas de cicatrices. Las ve como si no fueran suyas. No es que no las reconozca, sino que no tiene idea de cuándo y cómo se las hizo. Entonces le viene a la memoria la imagen de sus piernas cortas de niña, siempre llenas de moretones y raspaduras: nunca recordaba cómo se las había hecho, estaban ahí porque se andaba viviendo, no significaban nada, siempre había cicatrices.

Después viene otro recuerdo, un episodio de los 20 años: el amigo que se quejaba escandalosamente de todos sus males, ella le proponía soluciones. Él la increpaba: ¡sos insoportable, con vos no se puede hablar, ya te dije que no quiero que me ofrezcas soluciones, yo no quiero resolver nada, solo quiero quejarme, mucho, llorar infinitamente mi desgracia para que me consuelen! Lo dijo en tono ofendido y jocoso. Se rieron y pasó de largo como un chiste. Siempre le llamó la atención que esa tontería insistiera tanto en volverle a la memoria.

Ahora ve esas huellas de heridas sin historia en sus manos y entonces piensa que en realidad es toda manos, que está llena de marcas por todos lados.

En ese momento algo cambia, no es que entonces ahora vaya a repudiarlas, ni que le empiecen a gustar, o que les tome cariño, ni menos aún que piense en enarbolarlas como banderas. Ni siquiera es algo que implique a esas cicatrices en particular. Es más bien una especie de estado distinto de la piel, como si ahora su cuerpo estuviese más atento al contacto con las cosas, como una disposición más clara a recibirlas o a rechazarlas.

Alguien le contó una vez que había vuelto a leer sus diarios de adolescencia muchos años después. Guardaba recuerdos muy claros de aquella época, ninguno estaba anotado en el diario; no recordaba casi nada de lo que había escrito y las cosas que estaban narradas ahí con más intensidad ahora las recordaba como hechos intrascendentes.

Cuatro silencios

1. Le preguntan: ¿entonces, él no hizo nada? Ella responde: Sí, hizo silencio.

Ese silencio no es el silencio de las cosas, es un silencio que se hace. Y se exige. Es el peor de los silencios, un silencio tremendo. Un silencio activo: se practica para decir lo peor que puede ser dicho: lo que no se nombra. Un silencio que avanza como agua subterránea y produce estragos, disimuladamente, mientras encoge los hombros. No es algo que se piensa o se propone, simplemente se ejecuta, automático, como una coreografía aprendida sin darse cuenta pero impregnada de miedo.

Ella habla y parece sacar cada una de sus palabras de una cajita donde las tiene amorosamente guardadas. Se nota que están amasadas y bien leudadas, trabajadas con tiempo y dedicación, elaboradas meticulosamente. Antes de sacarlas las selecciona con mucho cuidado y las da, como una ofrenda. Ella atravesó ese silencio que aturde hasta producir sordos, lo rompió y ahora nos trae sus palabras.

2. Los gritos, las palabras excesivas, se parecen a ese silencio. Aturden para no decir, a su modo también ocultan, intentan hacer desaparecer. Vacían el paisaje y lo convierten en un desierto.

3. Lo que se calla, lo que se grita, lo que se dice. Todo al final queda grabado en la forma de cada cuerpo.

4. Fabricarse un silencio amable, acogedor, que invite buenamente a los fantasmas.

Cerrar los ojos. Decirle a lo visible: no existís. Y entonces irse, flotando. El aire te mece y murmura sonidos espesos y suaves a los oídos.

No convocar al sueño, solo invertir la mirada, los ojos en el esófago y los oídos tan abiertos que reciben, junto con el silbido continuo y unos ladridos, vibraciones muy lejanas ¿Lejos hacia afuera o hacia adentro?

Silencio, vacío, blanco, aire, ladridos, distancia, presencia, pasos, un suspiro.

Desertar. Anular por un rato la tiranía de las cosas visibles, darle lugar a los otros sentidos, cambiar el ritmo, escuchar la respiración del mundo, percibir qué hay adentro y qué afuera, desprenderse de la forma de las cosas. Con los ojos cerrados soy más liviana.

A la mañana, al volver del sueño, no abrir enseguida los ojos, prolongar ese momento en que los párpados todavía no son translúcidos, aún cerca del sueño, antes de que la luz organice el mundo de las cosas y se diluya lo invisible. Ese momento, estirarlo, paladearlo.

Un elogio del insomnio, de ese que habilita en estos días esa otra forma de estar viva que es la noche. El que es una experiencia grata, fronteriza: la oscuridad, el silencio, la quietud. Permanecer en un umbral: un modo incierto de la conciencia.

Una invitación a ir a la pesca como quien busca caracoles en la orilla del mar, a la mañana muy temprano, cuando el sol todavía está bien bajo: los pies en la arena húmeda, el caminar lento, la mirada baja, el gesto de agacharse a recoger, la textura pinchuda que ahora vista desde cerca es miles de formas y colores titilantes. Y en la multitud alguno que hace el guiño.

O ya más instalado el día, el sol quemante, dejarse invitar, abandonar todo en la orilla y entrar en el agua. Entrar al mar como a una batalla feliz.

El suelo impreciso, el frío mojado, la fuerza del agua, su densidad salada. Las olas altas que te elevan, la zambullida desde el pico, el fondo marrón. Pasar la rompiente y una calma alerta, la temperatura despareja, los pies que no tocan el suelo, la fuerza del agua. Ese lugar donde ya no se oyen los sonidos de la costa.

La fuerza y la perseverancia necesarias para volver, los brazos cansados, el aliento exhausto, la orilla que no se acerca. De pronto hacer pie, victoriosa de alguna manera, la memoria de la batalla en la piel salada, los oídos tapados para no llegar del todo por un rato, una última insistencia que empuja los tobillos hacia adentro.

Afuera ya del todo lamerse un hombro salado para no olvidar. Y esas olitas de arena, un recordatorio: la huella del agua en la orilla, la huella del viento en las dunas.

Entre el sueño y la vigilia,
entre el recuerdo y esto de hoy,
entre el dibujo y la escritura,
entre la música y el poema,
entre el gesto del pintor y la marca en la tela ¿qué hay?
¿un hilo, una frontera, un cambio de estado, de punto de vista, una diferencia de grado?
¿ese «entre» es una zona, un chispazo, el territorio de una mutación química, un acomodamiento de la percepción, una materia que se resiste?

Una escena absurda. De pronto entendés que estás soñando, pero sabés que mientras dura la oscuridad el mundo no termina de armarse. Esa escena es tan descabellada, pero sugiere algo, así que no la soltás del todo, intuís que no es imposible permanecer ahí, seguir viviendo esa película un rato más, que no se corte, capaz incluso intervenir en el guión. Sostenés ese deleite hasta que irrumpe la luz para devolverle su forma a las cosas.

Esquirlas de otro mundo que vienen a traer algo misterioso. Son botellas que guardan un mensaje ¿Qué dice el papelito? Esa sensación que repentinamente vuelve: el frío desparejo del agua, el gusto a sal, el cuerpo empujado por la corriente, el brillo cegador del sol en lo mojado, el silencio ¿qué traen guardado adentro?

Una línea que se alarga o se enrosca, se interrumpe y recomienza fiel al pulso de la mano. Una marca, una huella, el resto visible de un pensamiento que se va desenrollando con forma de palabra para entregar su sonido, o con la forma de eso que no tiene palabra asignada pero ya se deja oir. Su sonido llega como un murmullo que no se articula, dice lo que no es nombrable.

Mirar para descifrar, desentrañar el modo que tienen las cosas de estar en el mundo, anotar las formas, los nombres, a ver si se aclara algo, si el mundo se vuelve más familiar, si se acerca, si se incorpora.

Dibujar algo, escribir algo, es un poco como comérselo, y del mismo modo hace falta cocinarlo antes ¿Pero qué se cocina cuando se dibuja y qué cuando se escribe? Se trabaja con el tiempo. Las palabras transcurren, su tiempo fluye, se las camina, aunque se vaya y se vuelva eso es siempre un recorrido. El dibujo es insistencia, superposición: un palimpsesto. Se construye por acumulación, no hay desplazamiento, el tiempo se convierte en espacio. La escritura es horizontal, el dibujo es vertical, se encuentran en un punto, el cero, la marca en el papel, la cosa que quiere hacerse cuerpo, presencia, que decide existir.

Una materia que se resiste, que trae lo suyo, frena o traccio-
na, dice o calla, aguanta o se satura, se deja llevar o se obstina
en su forma, cada material es un cuerpo que hay que aprender a escuchar.

¿Qué del gesto del pintor es lo que queda adherido a la pintura?
¿su modo particular de estar en el tiempo, su lentitud y su velocidad, su ritmo?
¿Una fragilidad y una fuerza, una determinación y una duda, un ir derecho a la cosa y una complacencia en la deriva?
¿Un clima, una atmósfera, un tipo innombrable de emoción?
¿O lo que viaja de incógnito, lo que se cuela de contrabando?
¿Ese gesto es visible como gesto?
¿Dice algo o es ilegible y solo trae a la tela la presencia del cuerpo del pintor?

Una reproducción de una pintura de Modigliani. Parecía ser una página arrancada de uno de esos fascículos tipo *Pinacoteca de los genios*. Estaba pinchada en una pared de un pasillo del departamento. Desde muy chica, cada vez que pasaba por ahí no podía evitar buscarla con la vista, esa mujer me agarraba de los ojos y me tenía cautivada un buen rato ¿Cuántas horas de mi infancia habré pasado mirando esa pintura?

Hay cosas que te capturan la mirada. Los bebés por ejemplo. Estás hablando con la mamá y no podés mirarla porque el bebé te tiene secuestrados los ojos. Será porque hay tanta vitalidad ahí, tan pura potencia. El primer año de vida los bebés aumentan un kilo por mes. Por ejemplo en un mes pueden pasar de pesar 4 kilos a pesar 5, crecen un 25%. Da vértigo pensarlo, se debe ver a simple vista el movimiento de las células reproduciéndose enloquecidas. Será por eso que no se puede dejar de mirarlos, son pura vida en estado de ebullición. A veces, algunas plantas y algunos fenómenos meteorológicos producen un efecto parecido, las lluvias, los amaneceres, el río. Será el espectáculo de la vida funcionando, de la materia que se transforma frente a nuestros ojos simplemente por estar viva.

Cuando estás frente a esas cosas hay algo que te captura y te pone en un estado de contemplación activa, una quietud encendida. Se da una conexión con las cosas como si algo de uno se alineara con el mundo, como cuando nadás en el mar y en tu moverte está también acompañar el movimiento de las olas, es un ir junto con el agua; o bailar y que te mueva la música. Hay ahí una forma de alineamiento de uno con las cosas donde se juntan perfectamente un ir con un dejarse llevar. En esos momentos hay un borde del cuerpo que se ablanda, el límite del adentro y el afuera se vuelve difuso, como si se abriera un umbral.

El acto de cocinar debe haber nacido de esa experiencia de fraternidad con la transformación de las cosas, del deseo de intervenir en la mutación. Convertir la cebolla blanca y picante en esa pasta blanda, dorada y dulce pasando por el milagro de la transparencia. Cocinando aprendimos que podemos cambiar el mundo.

Tal vez la pintura haya nacido de la experiencia de cocinar, de ese mismo impulso, ir de lo crudo a lo cocido, el anhelo de convertir la materia bruta en un mundo de forma y color que modela la mano. Tal vez la pintura no existiría si no hubiésemos descubierto el fuego.

Esta publicación fue realizada durante 2020, el año de la pandemia. El aislamiento fue una experiencia rara, nos obligó a inventar formas nuevas de hacer lo propio y de estar con otres en la virtualidad. Somos bichos raros, capaces de apiñarnos sin tener el menor registro de los que nos rodean o estar cerquísima viéndonos y escuchándonos mal en una pantalla con los cuerpos a kilómetros de distancia.

Miguitas de pan nació de la necesidad de reunir en un artefacto, pinturas y textos que se hicieron en este tiempo, en estas condiciones. La presencia virtual de amigues y compañeres en todo el camino es la materia más preciosa de las que lo componen.

Esta publicación es una de sus partes. La muestra completa: las pinturas, los dibujos, este libro y el video, se exhiben online en el sitio web de la Galería Cuenco Blanco en el mes de septiembre de 2021.

www.cuencoblanco.com/exhibiciones

Pinturas

1. *Miguitas de pan*, 84 x 140 cm, carbonilla, acrílico y látex sobre tela sin montar.

3, 5, 7, 8 y 36. Fragmentos de *Miguitas de pan*.

10, 11, 13 y 14. Fragmentos de *Árbol 1, ,* 140 x 96 cm, carbonilla, pastel, acrílico y látex sobre tela sin montar.

16, 17, 18, y 20. Fragmentos de *Árbol 2*, 140 x 96 cm, carbonilla, pastel, acrílico y látex sobre tela sin montar

22, 23 24 y 26. Fragmentos de *Muda*, 142 x 149 cm, carbonilla, pastel, acrílico y látex sobre tela sin montar.

28, 29, 31, 32 y 34. Fragmentos de *Sin título*, 170 x 183 cm, carbonilla, pastel, acrílico y látex sobre tela sin montar.

Textos

4. Miguitas de pan
Las memorias son a veces

6. Recorro con un dedo la corteza de un tronco

9. Los días en la peste

12. Estas noches

15. Irrumpe la memoria
Todavía

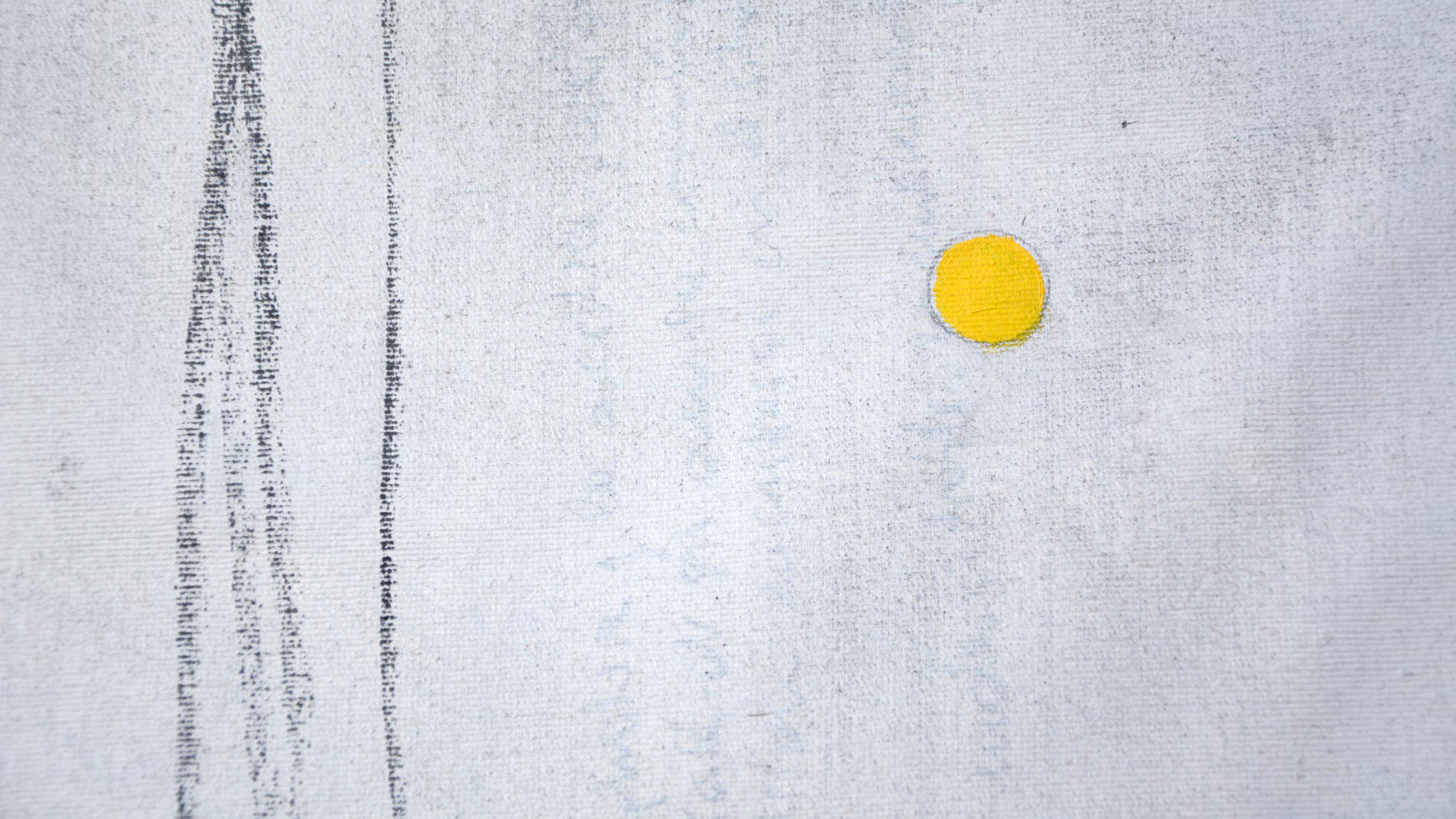
19. Un día se mira las manos

21. Cuatro silencios

25. Cerrar los ojos

27. Un elogio del insomnio

29. Alcauciles y naranjas

32. Entres

34. Modigliani